



Ulises embriaga al ciclope Polifemo

CANTO IX

RELATOS Á ALCÍNOO.—CICLOPEA

1 Respondióle el ingenioso Ulises: «¡Rey Alcínoo, el más esclarcido de todos los ciudadanos! En verdad que es hermoso oír á un aedo como éste, cuya voz se asemeja á la de un numen. No creo que haya cosa tan agradable como ver que la alegría reina en el pueblo y que los convidados, sentados ordenadamente en el palacio ante las mesas abastecidas de pan y de carnes, escuchan al aedo, mientras el escanciador saca vino de la cratera y lo va echando en las copas. Tal espectáculo me parece bellísimo. Pero te movió el ánimo á desear que te cuente mis luctuosos infortunios, para que llore aún más y prorrumpe en gemidos. ¿Cuál cosa relataré en primer término, cuál en último lugar, siendo tantos los infortunios que me enviaron los celestiales dioses? Ante todo, quiero deciros mi nombre para que lo sepáis y en adelante, después que me haya librado del día cruel, sea yo vuestro huésped, á pesar de vivir en una casa que está

muy lejos. Soy Ulises Laertiada, tan conocido de los hombres por mis astucias de toda clase; y mi gloria llega hasta el cielo. Habito en Ítaca, que se ve á distancia: en ella está el monte Nérito, frondoso y espléndido, y en contorno hay muchas islas cercanas entre sí como Duliquio, Same y la selvosa Zacinto. Ítaca no se eleva mucho sobre el mar, está situada la más remota hacia el Occidente—las restantes, algo apartadas, se inclinan hacia el Oriente y el Mediodía,—es áspera, pero buena criadora de mancebos; y yo no puedo hallar cosa alguna que sea más dulce que mi patria. Calipso, la divina entre las deidades, me detuvo allá, en huecas grutas, anhelando que fuese su esposo; y de la misma suerte la dolosa Circe de Eea me acogió anteriormente en su palacio, deseando también tomarme por marido; ni aquélla ni ésta consiguieron llevar la persuasión á mi ánimo. No hay cosa más dulce que la patria y los padres, aunque se habite en una casa opulenta pero lejana, en país extraño, apartada de aquéllos. Pero voy á contarte mi vuelta, llena de trabajos, la cual me ordenó Júpiter desde que salí de Troya.

39 »Habiendo partido de Ilión, llevóme el viento al país de los cícones, á Ismaro: entré á saco la ciudad, maté á sus hombres y, tomando las mujeres y las abundantes riquezas, nos lo repartimos todo para que nadie se fuera sin su parte de botín. Exhorté á mi gente á que nos retiráramos con pie ligero, y los muy simples no se dejaron persuadir. Bebieron mucho y, mientras degollaban en la playa gran número de ovejas y de flexípedes bueyes, de retorcidos cuernos, los cícones fueron á llamar á otros cícones vecinos suyos; los cuales eran más numerosos y más fuertes, habitaban el interior del país y sabían pelear á caballo con los hombres y aun á pie donde fuese preciso. Vinieron por la mañana tantos, cuantas son las hojas y flores que en la primavera nacen; y ya se nos presentó á nosotros, ¡oh infelices!, el funesto destino que nos ordenara Júpiter á fin de que padeciéramos multitud de males. Formáronse, nos presentaron batalla junto á las veloces naves, y nos heríamos recíprocamente con las broncíneas lanzas. Mientras duró la mañana y fué aumentando la luz del sagrado día, pudimos resistir su ataque, aunque eran en superior número. Mas luego, cuando el sol se encaminó al ocaso, los cícones derrotaron á los aquivos, poniéndolos en fuga. Perecieron seis compañeros, de hermosas grebas, de cada embarcación y los restantes nos libramos de la muerte y del destino.

62 »Desde allí seguimos adelante con el corazón triste, escapando gustosos de la muerte aunque perdimos algunos compañeros. Mas

no comenzaron á moverse los corvos bajeles hasta haber llamado tres veces á cada uno de los míseros compañeros que acabaron su vida en el llano, heridos por los cícones. Júpiter, que amontona las nubes, suscitó contra los barcos el viento Bóreas y una tempestad deshecha, cubrió de nubes la tierra y el ponto, y la noche cayó del cielo. Las naves iban de través, cabeceando; y el impetuoso viento rasgó las velas en tres ó cuatro pedazos. Entonces amainamos éstas, pues temíamos nuestra perdición; y apresuradamente, á fuerza de remos, llevamos aquéllas á tierra firme. Allí permanecimos echados dos días con sus noches, royéndonos el ánimo la fatiga y los pesares. Mas, al punto que la Aurora, de lindas trenzas, nos trajo el día tercero, izamos los mástiles, descogimos las blancas velas y nos sentamos en las naves, que eran conducidas por el viento y los pilotos. Y hubiese llegado incólume á la tierra patria, si la corriente de las olas y el Bóreas, que me desviaron al doblar el cabo de Malea, no me hubieran obligado á vagar lejos de Citera.

82 »Desde allí dañosos vientos lleváronme nueve días por el ponto, abundante en peces; y al décimo arribamos á la tierra de los lotófagos, que se alimentan con un florido manjar. Saltamos en tierra, hicimos aguada, y pronto los compañeros empezaron á comer junto á las veleras naves. Y después que hubimos gustado los alimentos y la bebida, envié algunos compañeros—dos varones á quienes escogí é hice acompañar por un tercero que fué un heraldo—para que averiguaran cuáles hombres comían el pan en aquella tierra. Fuéronse pronto y juntáronse con los lotófagos, que no tramaron ciertamente la perdición de nuestros amigos; pero les dieron á comer loto, y cuantos probaban el fruto del mismo, dulce como la miel, ya no querían llevar noticias ni volverse; antes deseaban permanecer con los lotófagos, comiendo loto, sin acordarse de tornar á la patria. Mas yo los llevé por fuerza á las cóncavas naves y, aunque lloraban, los arrastré é hice atar debajo de los bancos. Y mandé que los restantes fieles compañeros se apresuraran á entrar en las veloces embarcaciones: no fuera que alguno comiese loto, y no pensara en la vuelta. Hiciéronlo en seguida y, sentándose por orden en los bancos, comenzaron á herir con los remos el espumoso mar.

105 »Desde allí continuamos la navegación con ánimo afligido, y llegamos á la tierra de los Ciclopes soberbios y sin ley; quienes, confiados en los dioses inmortales, no plantan árboles, ni labran los campos, sino que todo les nace sin semilla y sin arada—trigo, cebada y vides, que producen vino de unos grandes racimos—y se lo hace

crecer la lluvia enviada por Júpiter. No tienen ágoras donde se reúnan para deliberar, ni leyes tampoco, sino que viven en las cumbres de los altos montes, dentro de excavadas cuevas; cada cual impera sobre sus hijos y mujeres, y no se cuidan los unos de los otros.

¹¹⁶ »Delante del puerto, no muy cercana ni á gran distancia tampoco de la región de los Ciclopes, hay una isleta poblada de bosque, con una infinidad de cabras monteses, pues no las ahuyenta el paso de hombre alguno ni van allá los cazadores, que se fatigan recorriendo las selvas en las cumbres de las montañas. No se ven en ella ni rebaños ni labradíos, sino que el terreno está siempre sin sembrar y sin arar, carece de hombres, y cría bastantes cabras. Pues los Ciclopes no tienen naves de rojas proas, ni cuentan con artífices que se las construyan de muchos bancos—como las que transportan mercancías á distintas poblaciones en los frecuentes viajes que los hombres efectúan por mar, yendo los unos á encontrar á los otros,—las cuales hubieran podido hacer que fuese muy poblada aquella isla, que no es mala y daría á su tiempo frutos de toda especie, porque tiene junto al espumoso mar prados húmedos y tiernos y allí la vid jamás se perdiera. La parte interior es llana y labradera; y podrían segarse en la estación oportuna, mieses altísimas por ser el suelo muy pingüe. Posee la isla un cómodo puerto, donde no se requieren amarras, ni es preciso echar áncoras, ni atar cuerdas; pues, en abordando allí, se está á salvo cuanto se quiere, hasta que el ánimo de los marineros les incita á partir y el viento sopla. En lo alto del puerto mana una fuente de agua límpida, debajo de una cueva á cuyo alrededor han crecido álamos. Allá, pues, nos llevaron las naves y algún dios debió de guiarnos en aquella noche oscura en la que nada distinguíamos, pues la niebla era copiosa alrededor de los bajeles y la luna no brillaba en el cielo, que cubrían los nubarrones. Nadie vió con sus ojos la isla ni las ingentes olas que se quebraban en la tierra, hasta que las naves de muchos bancos hubieron abordado. Entonces amainamos todas las velas, saltamos á la orilla del mar y, entregándonos al sueño, aguardamos que apareciera la divinal Aurora.

¹⁵² »No bien se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, anduvimos por la isla muy admirados. En esto las ninfas, prole de Júpiter que lleva la égida, levantaron montaraces cabras para que comieran mis compañeros. Al instante tomamos de los bajeles los corvos arcos y los venablos de larga punta, nos distribuimos en tres grupos, tiramos, y muy presto una deidad nos

proporcionó abundante caza. Doce eran las naves que me seguían y á cada una le correspondieron nueve cabras, apartándose diez para mí solo. Y ya todo el día, hasta la puesta del sol, estuvimos sentados, comiendo carne en abundancia y bebiendo dulce vino; que el rojo licor aún no faltaba en las naves, pues habíamos hecho gran provisión en ánforas al tomar la sagrada ciudad de los Cícones. Estando allí echábamos la vista á la tierra de los Ciclopes, que se hallaban cerca, y divisábamos el humo y oíamos las voces que ellos daban, y los balidos de las ovejas y de las cabras. Cuando el sol se puso y sobrevino la noche, nos acostamos en la orilla del mar. Mas, así que se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, los llamé á junta y les dije estas razones:

172 «Quedaos aquí, mis fieles amigos, y yo con mi nave y mis compañeros iré allá y probaré de averiguar qué hombres son aquéllos: »si son violentos, salvajes é injustos, ú hospitalarios y temerosos de »las deidades.»

177 «Cuando así hube hablado, subí á la nave y ordené á los compañeros que me siguieran y desataran las amarras. Ellos se embarcaron al instante y, sentándose por orden en los bancos, comenzaron á herir con los remos el espumoso mar. Y tan luego como llegamos á dicha tierra, que estaba próxima, vimos en uno de los extremos y casi tocando al mar una excelsa gruta, á la cual daban sombra algunos laureles: en ella reposaban muchos hatos de ovejas y de cabras, y en contorno había una alta cerca labrada con piedras profundamente hundidas, grandes pinos y encinas de elevada copa. Allí moraba un varón gigantesco, solitario, que entendía en apacentar rebaños lejos de los demás hombres, sin tratarse con nadie; y, apartado de todos, ocupaba su ánimo en cosas inicuas. Era un monstruo horrible y no se asemejaba á los hombres que viven de pan, sino á una selvosa cima que entre altos montes se presentase aislada de las demás cumbres.

193 «Entonces ordené á mis fieles compañeros que se quedasen á guardar la nave; escogí los doce mejores y juntos echamos á andar, con un pellejo de negro y dulce vino que me había dado Marón, vástago de Evantes y sacerdote de Apolo, el dios tutelar de Ismaro; porque, respetándole, lo salvamos con su mujer é hijos que vivían en un espeso bosque consagrado á Febo Apolo. Hízome Marón espléndidos dones, pues me regaló siete talentos de oro bien labrado, una cratera de plata y doce ánforas de un vino dulce y puro, bebida de dioses, que no conocían sus siervos ni sus esclavas sino tan sólo

él, su esposa y una dispensera. Cuando bebían este rojo licor, dulce como la miel, echaban una copa del mismo en veinte de agua; y de la cratera salía un olor tan suave y divinal, que no sin pena se hubiese renunciado á saborearlo. De este vino llevaba un gran odre completamente lleno y además viandas en un zurrón; pues ya desde el primer instante se figuró mi ánimo generoso que se nos presentaría un hombre dotado de extraordinaria fuerza, salvaje, y desconocedor de la justicia y de las leyes.

216 »Pronto llegamos á la gruta; mas no dimos con él, porque estaba apacentando las pingües ovejas. Entramos y nos pusimos á contemplar con admiración y una por una todas las cosas: había zarzos cargados de quesos; los establos rebosaban de corderos y cabritos, hallándose encerrados separadamente los mayores, los medianos y los recentales; y goteaba el suero de todas las vasijas, tarros y barreños, de que se servía para ordeñar. Los compañeros empezaron á suplicarme que nos apoderásemos de algunos quesos y nos fuéramos; y que luego, sacando prestamente de los establos los cabritos y los corderos, y conduciéndolos á la velera nave, surcáramos de nuevo el salobre mar. Mas yo no me dejé persuadir—mucho mejor hubiera sido adoptar su consejo—con el propósito de ver á aquél y probar si me ofrecería los dones de la hospitalidad. Pero su aparición no había de serles grata á mis compañeros.

231 »Encendimos fuego, ofrecimos un sacrificio á los dioses, tomamos algunos quesos, comimos, y le aguardamos, sentados en la gruta, hasta que volvió con el ganado. Traía una gran carga de leña seca para preparar su comida y descargóla dentro de la cueva con tal estruendo que nosotros, llenos de temor, nos refugiamos apresuradamente en lo más hondo de la misma. Luego metió en el espacioso antro todas las pingües ovejas que tenía que ordeñar, dejando á la puerta, dentro del recinto de altas paredes, los carneros y los bucos. Después cerró la puerta con un pedrejón grande y pesado que llevó á pulso y que no hubiesen podido mover del suelo veintidós sólidos carros de cuatro ruedas. ¡Tan ínmenso era el peñasco que colocó en la entrada! Sentóse en seguida, ordeñó las ovejas y las baladoras cabras, todo como debe hacerse, y á cada una le puso su hijito. Á la hora, haciendo cuajar la mitad de la blanca leche, la amontonó en canastillos de mimbre, y vertió la restante en unos vasos para bebérsela cuando cenar quisiese. Acabadas con prontitud tales faenas, encendió fuego y, al vernos, nos hizo estas preguntas:

252 «¡Forasteros! ¿Quiénes sois? ¿De dónde llegasteis navegando

»por húmedos caminos? ¿Venís por algún negocio ó andáis por el
 »mar, á la ventura, como los piratas que divagan, exponiendo su
 »vida y produciendo daño á los hombres de extrañas tierras?»

256 »Así dijo. Nos quebraba el corazón el temor que nos produjo su
 voz grave y su aspecto monstruoso. Mas, con todo eso, le respondí
 de esta manera:

259 «Somos aqueos á quienes extraviaron, al salir de Troya, vien-
 »tos de toda clase que nos llevan por el gran abismo del mar: de-
 »seosos de volver á nuestra patria, llegamos aquí por otros caminos
 »porque de tal suerte debió de ordenarlo Júpiter. Nos preciamos de
 »ser guerreros de Agamenón Atrida cuya gloria es inmensa debajo
 »del cielo—¡tan grande ciudad ha destruído y á tantos hombres ha
 »hecho perecer!—y venimos á abrazar tus rodillas por si quisieras
 »presentarnos los dones de la hospitalidad ó hacernos algún otro re-
 »galo como es costumbre entre los huéspedes. Respeta, pues, á los
 »dioses, varón excelente; que nosotros somos ahora tus suplican-
 »tes. Y á suplicantes y forasteros los venga Júpiter hospitalario, el
 »cual acompaña á los venerandos huéspedes.»

272 »Así le hablé; y respondiome en seguida con ánimo cruel:
 «¡Forastero! Eres un simple ó vienes de lejas tierras cuando me
 »exhortas á temer á los dioses y á guardarme de su cólera; que los
 »Ciclopes no se cuidan de Júpiter, que lleva la égida, ni de los bien-
 »aventurados númenes, porque aun les ganan en ser poderosos; y
 »yo no te perdonaría ni á ti ni á tus compañeros por temor á la ene-
 »mistad de Júpiter, si mi ánimo no me lo ordenase. Pero dime en
 »qué sitio, al venir, dejaste la bien construída embarcación: si fué,
 »por ventura en lo más apartado de la playa ó en un paraje cercano,
 »á fin de que yo lo sepa.»

281 »Así dijo para tentarme. Pero su intención no me pasó inadver-
 tida á mí, que sé tanto, y de nuevo le hablé con engañosas pa-
 labras:

283 «Neptuno, que sacude la tierra, rompió mi nave llevándola á
 »un promontorio y estrellándola contra las rocas, en los confines
 »de vuestra tierra; el viento que soplaba del ponto se la llevó y
 »pude librarme, junto con éstos, de una muerte terrible.»

287 »Así le dije. El Ciclope, con ánimo cruel, no me dió respues-
 ta; pero, levantándose de súbito, echó mano á los compañeros,
 agarró á dos y, cual si fuesen cachorrillos, arrojólos en tierra con
 tamaña violencia que el encéfalo fluyó al suelo y mojó el piso. Se-
 guidamente despedazó los miembros, se aparejó una cena y se puso

á comer como montaraz león, no dejando ni los intestinos, ni la carne, ni los medulosos huesos. Nosotros contemplábamos aquel horrible espectáculo con lágrimas en los ojos, alzando nuestras manos á Júpiter; pues la desesperación se había señoreado de nuestro ánimo. El Ciclope, tan luego como hubo llenado su enorme vientre, devorando carne humana y bebiendo encima leche sola, se acostó en la gruta tendiéndose en medio de las ovejas. Entonces formé en mi magnánimo corazón el propósito de acercarme á él y, sacando la aguda espada que colgaba de mi muslo, herirle el pecho donde las entrañas rodean el hígado, palpándolo previamente; mas otra consideración me contuvo. Habríamos, en efecto, perecido allí de espantosa muerte, á causa de no poder apartar con nuestras manos el grave pedrejón que el Ciclope colocó en la alta entrada. Y así, dando suspiros, aguardamos que apareciera la divinal Aurora.

³⁰⁷ »Cuando se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, el Ciclope encendió fuego y ordeñó las gordas ovejas, todo como debe hacerse, y á cada una le puso su hijito. Acabadas con prontitud tales faenas, echó mano á otros dos de los míos, y con ellos se aparejó el almuerzo. En acabando de comer, sacó de la cueva los pingües ganados, removiendo con facilidad el enorme pedrejón de la puerta; pero al instante lo volvió á colocar, del mismo modo que si á un carcaj le pusiera su tapa. Mientras el Ciclope agujaba con gran estrépito sus pingües rebaños hacia el monte, yo me quedé meditando siniestros propósitos, por si de algún modo pudiese vengarme y Minerva me otorgara la victoria. Al fin parecióme que la mejor resolución sería la siguiente. Echada en el suelo del establo veíase una gran clava de olivo verde, que el Ciclope había cortado para llevarla cuando se secase. Nosotros, al contemplarla, la comparábamos con el mástil de un negro y ancho bajel de transporte que tiene veinte remos y atraviesa el dilatado abismo del mar: tan larga y tan gruesa se nos presentó á la vista. Acerquéme á ella y corté una estaca como de una braza, que di á los compañeros mandándoles que la puliesen. No bien la dejaron lisa, agucé uno de sus cabos, la enduqué, pasándola por el ardiente fuego, y la oculté cuidadosamente debajo del abundante estiércol esparcido por la gruta. Ordené entonces que se eligieran por suerte los que, uniéndose conmigo, deberían atreverse á levantar la estaca y clavarla en el ojo del Ciclope cuando el dulce sueño le rindiese. Cayóles la suerte á los cuatro que yo mismo hubiera escogido en tal ocasión, y me junté con ellos formando el quinto. Por la tarde volvió el Ciclope con el rebaño de hermoso

vellón, que venía de pacer, é hizo entrar en la espaciosa gruta á todas las pingües reses, sin dejar á ninguna dentro del recinto; ya porque sospechase algo, ya porque algún dios así se lo ordenara. Cerró la puerta con el pedrejón, que llevó á pulso; sentóse, ordeñó las ovejas y las baladoras cabras, todo como debe hacerse, y á cada una le puso su hijito. Acabadas con prontitud tales cosas, agarró á otros dos de mis amigos y con ellos se aparejó la cena. Á la hora lleguéme al Ciclope y, teniendo en la mano una copa de negro vino, le hablé de esta manera:

347 «Toma, Ciclope, bebe vino, ya que comiste carne humana, á
»fin de que sepas qué bebida se guardaba en nuestro buque. Te
»lo traía para ofrecer una libación en el caso de que te apiadases
»de mí y me enviaras á mi casa, pero tú te enfureces de intolerable
»modo. ¡Cruel! ¿Cómo vendrá en lo sucesivo ninguno de los mu-
»chos hombres que existen, si no te portas como debieras?»

353 »Así le dije. Tomó el vino y bebióselo. Y gustóle tanto el dulce licor que me pidió más:

355 «Dame de buen grado más vino y hazme saber inmediatamente
»tu nombre para que te ofrezca un don hospitalario con el cual te
»huelgues. Pues también á los Cyclopes la fértil tierra les propor-
»ciona vino en gruesos racimos, que crecen con la lluvia enviada
»por Júpiter; mas esto se compone de ambrosía y néctar.»

360 »De tal suerte habló, y volví á servirle el negro vino: tres veces se lo presenté y tres veces bebió incautamente. Y cuando los vapores del vino envolvieron la mente del Ciclope, díjele con suaves palabras: «¡Ciclope! Preguntas cuál es mi nombre ilustre, y voy
»á decírtelo; pero dame el presente de hospitalidad que me has prometido. Mi nombre es *Nadie*; y *Nadie* me llaman mi madre, mi
»padre y mis compañeros todos.»

368 »Así le hablé; y en seguida me respondió, con ánimo cruel: «Á
»*Nadie* me lo comeré el último, después de sus compañeros, y á
»todos los demás antes que á él: tal será el don hospitalario que te
»ofrezca.»

371 »Dijo, tiróse hacia atrás y cayó de espaldas. Así echado, dobló la gruesa cerviz y vencióle el sueño, que todo lo rinde: Salíale de la garganta el vino con pedazos de carne humana, y eructaba por estar cargado de bebida. Entonces metí la estaca debajo del abundante rescoldo, para calentarla, y animé con mis palabras á todos los compañeros: no fuera que alguno, poseído de miedo, se retirase. Mas cuando la estaca de olivo, con ser verde, estaba á punto de ar-

der y relumbraba intensamente, fuí y la saqué del fuego; rodeáronme mis compañeros, y una deidad nos infundió gran audacia. Ellos, tomando la estaca de olivo, hincáronla por la aguzada punta en el ojo del Ciclope; y yo, alzándome, hacíala girar por arriba. De la suerte que cuando un hombre taladra con el barreno el mástil de un navío, otros lo mueven por debajo con una correa, que asen por ambas extremidades, y aquél da vueltas continuamente: así nosotros, asiendo la estaca de ígnea punta, la hacíamos girar en el ojo del Ciclope y la sangre brotaba alrededor del caliente palo. Quemóle el ardoroso vapor párpados y cejas, en cuanto la pupila estaba ardiendo y sus raíces crepitan por la acción del fuego. Así como el broncista, para dar el temple que es la fuerza del hierro, sumerge en agua fría una gran segur ó un hacha que rechina grandemente: de igual manera rechinaba el ojo del Ciclope en torno de la estaca de olivo. Dió el Ciclope un fuerte y horrendo gemido, retumbó la roca y nosotros, amedrentados, huimos prestamente; mas él se arrancó la estaca, toda manchada de sangre, arrojóla furioso lejos de sí y se puso á llamar con altos gritos á los Cyclopes que habitaban á su alrededor, dentro de cuevas, en los ventosos promontorios. En oyendo sus voces acudieron muchos, quien por un lado y quien por otro, y parándose junto á la cueva, le preguntaron qué le angustiaba:

403 «¿Por qué tan enojado, oh Polifemo, gritas de semejante modo
»en la divina noche, despertándonos á todos? ¿Acaso algún hombre
»se lleva tus ovejas mal de tu grado? ¿Ó, por ventura, te matan con
»engaño ó con fuerza?»

407 »Respondióles desde la cueva el robusto Polifemo: «¡Oh amigos!
»*Nadie* me mata con engaño, no con fuerza.»

409 »Y ellos le contestaron con estas aladas palabras: «Pues si *nadie*
»te hace fuerza, ya que estás solo, no es posible evitar la enfermedad
»que envía el gran Júpiter; pero, ruega á tu padre, el soberano Neptuno.»

413 »Apenas acabaron de hablar, se fueron todos; y yo me reí en mi corazón de cómo mi nombre y mi excelente artificio les había engañado. El Ciclope, gimiendo por los grandes dolores que padecía, anduvo á tientas, quitó el peñasco de la puerta y se sentó en la entrada, tendiendo los brazos por si lograba echar mano á alguien que saliera con las ovejas: ¡tan mentecato esperaba que yo fuese! Mas yo meditaba cómo pudiera aquel lance acabar mejor, y si hallaría algún recurso para librar de la muerte á mis compañeros y á mí mismo. Revolví toda clase de engaños y de artificios, como que se trataba

de la vida y un gran mal era inminente, y al fin parecióme la mejor resolución la que voy á decir. Había unos carneros bien alimentados, hermosos, grandes, de espesa y obscura lana; y, sin desplegar los labios, los até de tres en tres, entrelazando mimbres de aquellos sobre los cuales dormía el monstruoso é injusto Ciclope: y así el del centro llevaba á un hombre y los otros dos iban á entrambos lados para que salvaran á mis compañeros. Tres carneros llevaban, por tanto, á cada varón; mas yo, viendo que había otro carnero que sobresalía entre todas las reses, lo asgo por la espalda, me deslizo al vedijudo vientre y me quedo agarrado con ambos manos á la abundantísima lana, manteniéndome en esta postura con ánimo paciente. Así, profiriendo suspiros, aguardamos la aparición de la divinal Aurora.

437 »Cuando se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, los machos salieron presurosos á pacer y las hembras, como no se las había ordeñado, balaban en el corral con las tetas retesadas. Su amo, afligido por los dolores, palpaba el lomo á todas las reses, que estaban de pie, y el simple no advirtió que mis compañeros iban atados á los pechos de los vedijudos animales. El último en tomar el camino de la puerta fué mi carnero, cargado de su lana y de mí mismo que pensaba en muchas cosas. Y el robusto Polifemo lo palpó y así le dijo:

447 «¡Carnero querido! ¿Por qué sales de la gruta el postrero del rebaño? Nunca te quedaste detrás de las ovejas, sino que, andando á buen paso, pacías el primero las tiernas flores de la hierba, llegabas el primero á las corrientes de los ríos y eras quien primero deseaba tornar al establo al caer de la tarde; mas ahora vienes, por el contrario, el último de todos. Sin duda echarás de menos el ojo de tu señor, á quien cegó un hombre malvado con sus perniciosos compañeros, perturbándole las mientes con el vino, *Nadie*, pero me figuro que aún no se ha librado de una terrible muerte. ¡Si tuvieras mis sentimientos y pudieses hablar, para indicarme dónde evita mi furor! Pronto su cerebro, molido á golpes, se esparciría acá y allá por el suelo de la gruta, y mi corazón se aliviaría de los daños que me ha causado ese despreciable *Nadie*.»

461 »Diciendo así, dejó el carnero y lo echó afuera. Cuando estuvimos algo apartados de la cueva y del corral, soltéme del carnero y desaté á los amigos. Al punto antecogimos aquellas gordas reses de gráciles piernas y, dando muchos rodeos, llegamos por fin á la nave. Nuestros compañeros se alegraron de vernos á nosotros, que nos

habíamos librado de la muerte, y empezaron á gemir y á sollozar por los demás. Pero yo, haciéndoles una señal con las cejas, les prohibí el llanto y les mandé que cargaran presto en la nave muchas de aquellas reses de hermoso vellón y volviéramos á surcar el agua salobre. Embarcáronse en seguida y, sentándose por orden en los bancos, tornaron á herir con los remos el espumoso mar. Y, al estar tan lejos cuanto se deja oír un hombre que grita, hablé al Ciclope con estas mordaces palabras:

475 «¡Ciclope! No debías emplear tu gran fuerza para comerte en la honda gruta á los amigos de un varón indefenso. Las consecuencias de tus malas acciones habían de alcanzarte, oh cruel, ya que no temiste devorar á tus huéspedes en tu misma morada: por esto »Júpiter y los demás dioses te han castigado.»

480 »Así le dije; y él, airándose más en su corazón, arrancó la cumbre de una gran montaña, arrojóla delante de nuestra embarcación de azulada proa, y poco faltó para que no diese en la extremidad del gobernalle. Agitóse el mar por la caída del peñasco y las olas, al refluir desde el ponto, empujaron la nave hacia el continente y la llevaron á tierra firme. Pero yo, asiendo con ambas manos un larguísimo botador, echéla al mar y ordené á mis compañeros, haciéndoles con la cabeza silenciosa señal, que apretaran con los remos á fin de librarnos de aquel peligro. Encorváronse todos y empezaron á remar. Mas, al hallarnos dentro del mar, á una distancia doble de la de antes, hablé al Ciclope, no embargante que mis compañeros me rodeaban y pretendían disuadirme con suaves palabras unos por un lado y otros por el opuesto:

494 «¡Desgraciado! ¿Por qué quieres irritar á ese hombre feroz que con lo que tiró al ponto hizo tornar la nave á tierra firme donde creímos encontrar la muerte? Si oyera que alguien da voces ó habla, nos aplastaría la cabeza y el maderamen del barco, arrojándonos áspero bloque. ¡Tan lejos llegan sus tiros!»

500 »Así se expresaban. Mas no lograron quebrantar la firmeza de mi ánimo; y, con el corazón irritado, le hablé otra vez con estas palabras:

502 «¡Ciclope! Si alguno de los mortales hombres te pregunta la causa de tu vergonzosa ceguera, dile que quien te privó del ojo fué Ulises, el asolador de ciudades, hijo de Laertes, que tiene su casa en Ítaça.»

506 »Tal dije; y él, dando un suspiro, respondió: «¡Oh dioses! Cumpliéronse los antiguos pronósticos. Hubo aquí un adivino excelen-

»te y grande, Télemo Eurímida, el cual descollaba en el arte adivi-
 »natoria y llegó á la senectud profetizando entre los Ciclopes: éste,
 »pues, me vaticinó lo que hoy sucede: que sería privado de la vista
 »por mano de Ulises. Mas esperaba yo que llegase un varón de
 »gran estatura, gallardo, de mucha fuerza; y es un hombre peque-
 »ño, despreciable y menguado quien me cegó el ojo, subyugándo-
 »me con el vino. Pero, ea, vuelve Ulises, para que te ofrezca los
 »dones de la hospitalidad y exhorte al ínclito dios que bate la tie-
 »rra, á que te conduzca á la patria; que soy su hijo y él se gloria
 »de ser mi padre. Y será él, si le place, quien me curará y no otro
 »alguno de los bienaventurados dioses ni de los mortales hom-
 »bres.»

522 »Habló, pues, de esta suerte; y le contesté diciendo: «¡Así pu-
 »diera quitarte el alma y la vida, y enviarte á la morada de Plutón,
 »como ni el mismo dios que sacude la tierra te curará el ojo!»

526 »Dije. Y el Ciclope oró en seguida al soberano Neptuno, alzando las manos al estrellado cielo:

528 «¡Óyeme, Neptuno, que ciñes la tierra, dios de cerúlea cabe-
 »llera! Si en verdad soy tuyo y tú te glorías de ser mi padre, con-
 »cédeme que Ulises, el asolador de ciudades, hijo de Laertes, que
 »tiene su casa en Ítaca, no vuelva nunca á su palacio. Mas si le está
 »destinado que ha de ver á los suyos y tornar á su bien construí-
 »da casa y á su patria, sea tarde y mal, en nave ajena, después de
 »perder todos los compañeros, y encuentre nuevas cuitas en su mo-
 »rada.»

536 »Tal fué su plegaria y la oyó el dios de cerúlea cabellera. Acto seguido tomó el Ciclope un peñasco mucho mayor que el de antes, lo despidió, haciéndolo voltear con fuerza inmensa, arrojólo detrás de nuestro bajel de azulada proa, y poco faltó para que no diese en la extremidad del gobernalle. Agitóse el mar por la caída del peñasco y las olas, llevando la embarcación hacia adelante, hicieronla llegar á tierra firme.

543 »Así que arribamos á la isla donde estaban los restantes navíos, de muchos bancos, y en su contorno los compañeros que nos aguardaban llorando, saltamos á la orilla del mar y sacamos la nave á la arena. Y, tomando de la cóncava embarcación las reses del Ciclope, nos las repartimos de modo que ninguno se quedara sin su parte. En esta partición que se hizo del ganado, mis compañeros, de hermosas grebas, asignáronme el carnero además de lo que me correspondía; y yo lo sacrificué en la playa á Júpiter Sa-

turnio, que amontona las nubes y sobre todos reina, quemando en su obsequio ambos muslos. Pero el dios, sin hacer caso del sacrificio, meditaba cómo podrían llegar á perderse todas mis naves, de muchos bancos, con los fieles compañeros. Y ya todo el día, hasta la puesta del sol, estuvimos sentados, comiendo carne en abundancia y bebiendo dulce vino. Cuando el sol se puso y llegó la noche, nos acostamos en la orilla del mar. Pero, apenas se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, ordené á mis compañeros que subieran á la nave y desataran las amarras. Embarcáronse prestamente y, sentándose por orden en los bancos, tornaron á herir con los remos el espumoso mar.

565 »Desde allí seguimos adelante, con el corazón triste, escapando gustosos de la muerte aunque perdimos algunos compañeros.

